

TOMÁS DEL REY

LA ARROGANCIA DE LOS VENTILADORES



Macleín *y* Parker

Primera edición

Marzo de 2024

Del texto

© Tomás del Rey, 2024

De la cubierta

© Antonio Abad (Maclein y Parker), 2024

De esta edición

© Maclein y Parker, 2024

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Maclein y Parker

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-126927-3-0

Depósito Legal: SE-801-2024



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

A Eva, siempre

Miramos el mundo una vez, en la infancia.
El resto es memoria.

LOUISE GLÜCK
(trad. Marisol Bohórquez Godoy)

MIRAR ATRÁS



CUANDO RUGE LA MARABUNTA

Anoche soñé que volvía a Manderley. Así comenzaba. Hace miles de años, mi madre nos sentó frente a la tele para que viéramos aquella película, como en un rito de comunión, como quien da a probar su plato preferido y espía la reacción del comensal. Fue en esta misma casa en la que no había vuelto a entrar casi desde entonces. No tiene verja labrada, desde luego, pero para mí ha sido durante años tan inalcanzable como aquella mansión de *Rebeca*. Ahora estoy frente al portal de este Manderley mío, sabiendo que lo atravesaré en un momento, como en la magia de un sueño, aunque haya sido por la magia del engaño. Claro que en el fondo eso es lo que hacen en el cine.

Entonces, cuando era niño y vi por primera vez *Rebeca*, soñé durante días con el ama de llaves, el incendio, y la sufrida Jean Fontaine refugiándose frente a tanta maldad en la chaquetita de punto que ella convertiría para siempre en rebeca. Hoy no recuerdo haber soñado nada. Soy un impostor que ha venido para robar su dosis de nostalgia. Siempre que vengo a Madrid, acabo buscando una excusa para bajarme en la estación de metro de Cuatro Caminos y encaminarme a Artistas, 19. Al fondo de la calle Artistas

estaba nuestra casa, que se veía como un faro desde la glorieta. Hoy ya no está la casa de comidas económicas, con el mismo flan de aspecto sospechoso eternizándose en el escaparate, ni la tienda de Kodak que regentaban aquellas dos señoras que nos querían como si fueran titas nuestras, y que realmente nos vieron crecer en las fotos de la cámara *instamatic* de mi padre. En la papelería Kori ya no venden los libros de Colección Historias Selección donde leímos a los clásicos en viñetas o en texto, según las ganas. Hay varios locutorios internacionales, y un Carrefour Expres. Al fondo, persiste con la tenacidad de los iluminados el Salón del Reino de los Testigos de Jehová, y se diría que ha prosperado incluso. Mi recorrido sentimental de cada visita madrileña acababa siempre aquí, en el portal de mi antigua casa, desechando la tentación de llamar al telefonillo con alguna excusa que me permitiera curiosear sin asustar a sus habitantes. Pero esta vez había sido distinto. Esta vez, cuando llegué hace dos días, lo que había era un cartel de se vende, y el teléfono de una inmobiliaria. La oportunidad. Llamé, claro, y me han citado para hoy.

Soy un impostor, ya lo he dicho, el curioso o el espía que siempre intentan filtrar las inmobiliarias, alguien que solo les da trabajo y no tiene la menor intención de comprar. En realidad, no sé bien cuáles son mis intenciones. Creo que solo quiero ver cómo se ha portado el tiempo con el piso donde dejé mi infancia. Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora.

El agente inmobiliario no me decepciona. Es la versión madrileña de los que ya conozco, lo cual es casi una redundancia: seguridad en sí mismo, aquí estoy yo. Derrocha

coaching por todos los poros, y aprieta la mano varonilmente al darla, y mira siempre a los ojos, y cada dos frases me repite mi nombre, como si temiera que yo lo hubiera olvidado. Me pregunta mi profesión, y si soy de Madrid. Le menciono mi trabajo en control de calidad, y parece que le suena, en contra de lo que suele ocurrirme, y quiere demostrármelo exhibiendo su abanico de conocimientos en normas ISO y excelencia, y registros y manuales, y todo lo que probablemente ha tenido que aprender a regañadientes en su empresa. Yo se lo soporto y le sonrío, porque no soy un cliente de verdad, y me siento mal ahora por hacerle trabajar en vano, solo para alimentar mi nostalgia enfermiza. Me he escabullido y no le he contestado a su pregunta de si soy o no de Madrid, o dónde vivo, pero parece que lo ha olvidado ya.

Subimos los cuatro pisos de enormes escalones. Es un ático, téngalo en cuenta, y la comunidad está a punto de aprobar el proyecto del ascensor, hueco hay en el patio de luces, me dice, y siempre conceden la subvención. Así que tengo que verlo como una oportunidad. Un ático así en esta zona y con ascensor valdrá pronto mucho más de lo que cuesta ahora, téngalo en cuenta.

Insiste mucho en la palabra ático. En mi niñez, solo la usaba a veces mi madre, y era para quejarse de que había que subir cuatro pisos cargada, hasta el ático. No era nada bueno, ni una oportunidad, vivir entonces en un ático. Y esta zona no era gran cosa, porque entonces olía a barrio, a viejecitos en bata, a mercado y un poco a vinazo, cuando lo moderno eran las zonas residenciales con supermercado y camareros con pajarita.

Como sospechaba, el piso está muy cambiado, aunque, por más paredes que han tirado y más *concepto abierto* que han perseguido, sigue teniendo un larguísimo pasillo, por el que mi pobre agente se ve obligado a disculparse, y a hacerme ver las posibilidades que tiene. Yo recuerdo entonces todas las posibilidades de escondite y de triciclos y de carreras que tuvo, hasta que nos castigaban y nos mandaban al cuarto por hacer tanto ruido. Qué curioso que el pasillo sea lo único que haya resistido de la casa, porque de las habitaciones no queda rastro: ahora son algunas menos, pero enormes, desangeladas en su pretensión de blancura, de amplitud, de folio en blanco para un decorador de interiores.

Y ahora, la joya de la corona, me dice. Yo sé cuál es, porque la espero. La terraza. Nosotros no íbamos a la playa ni a la montaña, y raramente a la piscina. Nuestros veranos transcurrieron, lentos, eternos, aburridos y despreocupados, en la terraza de aquella casa. La terraza era, y compruebo que sigue siendo, una especie de pasillo en ele, de poco más de un metro de ancho, pero larguísimo, adosado a las dos fachadas en esquina del edificio en que vivíamos. Vivíamos en un ático sin ascensor, pero mamá le decía a todo el mundo que la terraza le daba la vida. Mi asesor-inmobiliario-personal-en-Madrid la cita sin saberlo. Con lo importante que se han vuelto ahora los espacios exteriores polivalentes, dice, frente a posibles nuevos confinamientos.

En un brazo de aquella ele polivalente daba el sol casi todo el día y mi madre aseguraba que se podría freír un huevo. Pero nunca nos dejó hacer el experimento. Ahora

han puesto un toldo motorizado y un sistema de aspersores de agua pulverizada con el que mi agente-para-una-vida-mejor-a-la-que-tengo-derecho-a-aspirar quiere que yo juegue un ratito. El otro brazo era habitable desde media tarde, pero nosotros desafiábamos al calor y nos plantábamos allí antes de comer, con el bañador puesto y el suelo mojado, como si fuera una playa de arcilla roja. Mi madre hacía inventos para refrescarnos: enormes barreños con agua a los que llamaba piscina, una larga manguera enchufada al grifo del cuarto de baño que perdía la mitad del agua por el camino, zumos de tomate caseros, con sal y pimienta, polos de Trinaranjus en forma de cubitos de hielo que dejaban los dedos pringosos y quemados por el frío. Mi asesor-para-una-vida-sostenible-en-el-corazón-de-Madrid me enseña lo que él llama un cenador, y un redondel azul de cartón que simula una piscina de juguete.

Después de comer y de la hora de la siesta, que había que respetar como un rito —sin duda, heredado de nuestro sur vagamente lejano de patio y penumbra—, salíamos por fin a jugar. Al fútbol, a las chapas, a mosqueteros. Luego empezaban a chillar los vencejos, y aquella era la señal para que mamá se pusiera a regar las macetas con una jarra amarilla de plástico. Ella sola las regaba todas, menos las que cada uno de los hermanos teníamos adoptadas cada verano, y que nunca sobrevivían más allá de finales de julio, ahogadas por exceso de agua y de impaciencia.

Luego era el turno de las hormigas. Había un hormiguero en una grieta que estaba justo en el escalón de salida a la terraza. Eran unas hormigas minúsculas, pero tozudas como un ejército. Había que estar siempre en pie de